



Encuentro Literario

Recuerdo y valoración de Oreste Plath

Ser, quehacer y modo de realización conforman una comunidad trinitaria indisociable en toda vida humana, pero con mayor evidencia se registra su sentido unitario cuando aquella sostiene y manifiesta la tarea cotidiana de quien vuela en ella el máximo de sus posibilidades, llamándose éntes talento, pasión, ahondamiento y paciencia, rasgos que, en el caso de nuestro hoy y siempre recordado Oreste Plath, alcanzaron calidades de excepción. ¿Qué hace a una persona volver sobre sus pasos, o bien, decidirse a tentar nuevos rumbos cuando, como fue su caso, se había iniciado en la literatura con auspicioso porvenir?

Quizás, sin saberlo, un paciente suyo, Luis Delauney, le amplió horizontes y horizontes de Chile al invitarlo a la dirección de la revista "Nautius", órgano de comunicación de la Marina Mercante. A partir de entonces, promediaron los años veinte, Oreste Plath despegaría sus caminatas y viajes, en número no inferior a 35 veces, por nuestro país. Su trasumanismo físico y mental le convirtió en hombre quipusaco. Debía andar, indagar, tocar el mundo, escucharlo, reproducir conografías del alma como son las mil y una manifestaciones genuinas de un pueblo.

Probablemente su andanega labor nació con él, ya que durante su infancia, vivió en Bolivia y Argentina, posteriormente fue becario en Río de Janeiro, en 1943, amén de otros viajes que realizó, por motivos de trabajo, en Europa.

Como aquellos personajes legendarios, sus periplos a lo largo del país conocieron de aprendizajes y de pruebas que hubo de sortear, con imaginación y fortaleza, porque el vellano que buscaba no era otro que el alma de Chile.

No existe inquietud en que ella haga del movimiento - físico o mental - su aliado. Frecuentemente, el inquieto es un inconformista, por demás nada reventado a dejar comodidades y fáciles expectativas con tal de administrar remedio, emprender itinerarios y enfrentar desafíos. El inconformista es alguien que vive más allá de la hora canchana. Pero, como en toda categoría humana, algunos hacen de sus desajustes un razono tan infrecuente como avinagrado; en cambio, otros entregan el mucho más de sus vidas por el inerte galardón de una verdad clarificadora, de una fisonomía más nítida de la realidad o de una versión más justipreciada de aquella porción de existencia sobre la cual se inclinan. Esta segunda clase de inconformistas son aquellas personas a quienes transformó la pasión generosa, los sueños encadenados de proyectos, el anhelo de aurora que aprende a vivir hazañas y preferencias, porque la realidad que indagó o pretendió crear rebasó, en mucho, el pequeño apéndice o la contrariedad en que declinaron los mediciones.

Oreste Plath trabajó mucho, pero simultáneamente fue hombre capaz de afecto espontáneo y perseverante. Sometido a pruebas exigentes del vivir, fue todo "un quehacer", como se autodenominaba, en una palabra, alguien en quien lo vivo tuvo mucho más albergue que la paralizadora y autocomplaciente amargura. ¿No es esa capacidad ejercitada por él como un tema, una fe puesta en la existencia a pesar de todo, la razón más importante de la virtud de su quehacer? En él, la tarea de Chile era materia de estudio, de rescate, de divulgación. Gustó de todo: comidas, vestuario, habla, creencias, geografías. A cada una rindió el vívido tributo de lo que es verdad, belleza y visibilización expresiva, inclinándose sobre la tierra o apretando su oído a la palabra de los informantes. Lo rural y lo urbano chilenos concluyeron en libros interesantes y amenos.

Pero su labor no se vino únicamente a entusiasmo de compilador. En Oreste Plath el trabajo de Chile fue aprender y enseñar convulsivamente. Metódico en sus investigaciones, honrado en el uso y acudo de fuentes, veraz en la entrega de sus materiales, todo ello fueron virtudes que culminaban o se complementaban en la tertulia amena, en las miles de invitaciones que curó en su vida.

En otro escrito me he referido al contenido y características de los principales libros que debemos a Oreste Plath. Como se sabe, publicó textos de literatura y de folklore. Se inició junto a Jacobo Danke, en 1929, cuando publicaron en Valparaíso, "Poesías". Años más tarde, 1936, apareció "Ande de espejo", del mismo género poético del anterior. Además, contribuyó a la difusión de nuestra lírica con sendas antologías: "Poetas y poetas de Chile", 1943, y "Lucimaga", selección dedicada a los niños, 1946. Siempre en el campo literario, dio a conocer una valiosa recopilación: "Alberto Rojas Jiménez se paseaba por el abito", 1965.

A la cultura popular pertenecen muchos libros y folletos. Recomendamos aquí algunos: "La Armada. Apogeo folclórico", "Folclor Chileno", "Folclor religioso chileno", "Geografía del mito y la leyenda chilena", "Lenguaje de los pájaros de Chile", "Folclor médico de Chile", recientemente reeditado por Editorial Gráfico, lo mismo que "Folclor lingüístico chileno", "Aproximación histórica-folclórica de los juegos de Chile". El primer año reaparecerá "Baraja de Chile", libro de tradiciones.

Durante este año de ausencia física del autor, su hijo Karen y algunas otras personas han desarrollado un ingente trabajo de ordenación de los materiales y libros dejados por Oreste, algunos de los cuales están presentes en las librerías. Asimismo, se le han tributado algunos homenajes permanentes en la audición "Así es Chile", de Radio Minca, programa conducido por Raúl Palma Vera, el nombre del nuestro amigo figura en el programa cultural y pronto lo llevará también la primera biblioteca dedicada a nuestro folclor. Buen lector, no hizo de los libros fetiche ni sucedáneo como quienes no saben o no quieren vivir de frente. Conoció a gran parte de los escritores chilenos de este siglo, pero desde el entusiasmo de quien sirve a los demás, comparte momentos significativos y les propia posibilidades. Les "¿Quién es quién en las letras chilenas?", creaciones suyas, ascendieron a un número cercano de la cincuenta, y las revistas "Gong", "Puerto" y "Boletín Bibliográfico Literario" fueron tribunas que compartió. Por eso, nada más ajeno de la dictería intelectual o premial, nuestro amigo fue agente de iniciativas culturales, un contador de casos, anécdotas y buen representante mimético de mucha gente.

Constante, humor, generosidad, constituyeron algunas de las más importantes cualidades renovadas de las cenizas de las penas y las zozobras. Desde luego, tenía sus mañas y reumáticas que, a más de algún desprejuicio, pudo parecer despropósito o disconformante con la figura esbelta del señor "del gorro", como algunos le conocían en sus andanzas por calles olímpicas. De tal identificación - solía utilizar en invierno un gomo de piel - se la con alguna sorna, lo mismo que desconfaba de ciertas dedicatorias en libros obsequiados por diversos autores, las que terminaba por amarrar de los volúmenes y, luego de leerlas en número suficiente, enviadas a empaquetar.

Libertino por excelencia, hizo de las cosas sus servidores y sabía desprenderse de ellas con soberanía de señor. Repetía y se jactaba de prescindir de automóvil, casa propia, pensiones en los zapatos y uso de reloj. No conocía otra militancia que trabajar con independencia. Abominaba de componendas y repartía admiraciones al quehacer y recta actitud de personas desimiles de ideas, pero de conductas irreprochables. Le escuché elevadas ponderaciones de Pedro Prado y Gabriela Mistral, por ejemplo, o reconocer las positivas labores de Amanda Labarca, Juvenal Hernández, don Roberto Hernández, entre otros.

Sus admiraciones fueron la mujer y el Pueblo. A

este reconoció deberle lo que sabía, de la mujer sintió ese principio alentador que le llevaba a entusiasmarse y a esgrimir su caballería y picardía de consuno. Poco antes de fallecer, al referirse a una dama que lo visitara, luego de adquirir alguna información sobre ella, me confidenció interrogante: ¿Cree que llega alguna posibilidad?

Amenio, cada vez que fui a un establecimiento educacional cautivo al auditorio. Fela y hacía reír. A poco comenzar sus charlas la gente se incorporaba a los temas propuestos con esa naturalidad que se despierta cuando lo dicho corresponde al ser o al conocer genuinos. Mucho le ayudaba en esto la dualidad que imprimía a su habla. Vocativos tales como "señor" o "señorita" se empicaban la dicha.

Académico de la Lengua desde 1942, su aporte en la comisión de exegografía mostró las cualidades ya dichas. Su vívido conocimiento fue garantía en el trabajo de mañeros y especialidades semánticas que enriquecieron el diccionario oficial y el futuro del habla chilena.

Pero no se crea que todo le fuera liviano en la vida. Le escuché recuerdos que asomaban lágrimas y regresan congojas como si fueran presentes, porque quizás jamás alzóron vuelo de la memoria sensible. Pero a fuera de representarse penas indelebles, inclinaba la balanza del lado positivo. "No he tenido tiempo de envejecer", declaró a los ochenta años. "En la vida existen muchos momentos tristes, pero son más los buenos", solía decir.

De pronto planteaba el tema de su valor personal más íntimo. "Me trataba de ser digno y honrado", confesaba. Más de una vez le respondí que su generosidad, su actitud responsable y su espíritu servicial eran virtudes acordes y que todo lo demás comería por cuenta de Dios misericordioso.

Aunque le costaba aceptar, en un principio, su inclinación, subrayaba gratitudes y la posibilidad cada vez más cierta de que morir no significara únicamente un acto de anodamiento ni clausura. Pero Oreste era siempre Oreste. Después de conversar con un sabio sacerdote, pidió brindar con el religioso.

Como expresara incommovible ternura y afecto por la memoria de su madre, de quien decía era "su alma", su protocolo en los momentos más difíciles, de ese afecto de hijo me sirvió para convocar su presencia benéfica en las postmortalas terrenas de nuestro amigo, pues me fue concedido estar junto a él en el trance de desprendimiento, por fin, de la fugacidad y del sufrimiento. "Amigo Massimo, tanto que demora la muerte", había dicho poco antes. La inmediata invocación a su madre y las plegarias dichas con grande afecto ayudaron a calmar el desasosiego y se dormió.

Lo dicho lleva impresa mi gratitud de haberse podido acompañar, tal vez de ayudar un poco a reconfortarlo, porque por muchos motivos pude sentirlo como una de las presencias más benéficas que se me han despedido hasta ahora, como un padre. Y eso es muy grande, es muy hondo, es muy fortalecedor en un mundo que vive el eclipse de una cronología, pero que sobre todo traña con zumbidos ilustrados y se complaz en diseminar neofías ilustradas y de las chas, porque acaso ha desvelado, en sus inscripciones y espíritu de "Cambalache", con que se llama convicción, afectividad y entrega, tres actitudes que sobrecundaron en Oreste Plath.

Oreste fue hombre de vida y esta existencia dejó en calidad de tal, como quería don Francisco de Quevedo, cuando escribió: "Morir vivo es la última cordura", y esa cordura es la obra de quien no enluta, el alma de Chile y reaparece en cada quien sabe coger un testimonio de trabajador humano.

Por Juan Antonio Massimo

Recuerdo y valoración de Oreste Plath [artículo] Juan Antonio Massone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Massone, Juan Antonio, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recuerdo y valoración de Oreste Plath [artículo] Juan Antonio Massone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile